

bran, con el centenario de 1825, el de su efemérides particular, y no sin mucha causa y muy gloriosa, por cierto.

Bolivia se desprende «como un todo», de los virreinos de que formó parte, después del último combate con el español en el Pacífico, el de «Ayacucho». Las fuerzas o leyes que determinaron su desprendimiento son profundas; pero no lo son menos, sino más si cabe, las que presiden el de la región oriental del Uruguay y el Plata, que nos ocupa. Dos notas fundamentales reclaman nuestra atención: la de ser el territorio del Uruguay el solo trozo de los dominios españoles situado sobre el Atlántico, separado del gran núcleo central argentino por la cuenca de los grandes ríos, y el de ser el único en que se concentra, no sólo la pugna entre las colonias y las metrópolis ibéricas, sino la histórica y secular de éstas entre sí: la de España y Portugal, que se disputan sus lotes respectivos en esta América del Sur, sin perjuicio, por supuesto, de su alianza natural contra los pueblos todos americanos; el único, pues, encargado de la misión de contener a Portugal, y conservar para la familia española las dos márgenes del Plata, toda la embocadura del grande estuario. Es ese su mayor rasgo diferencial, acaso, que le imprime carácter y hace de él «un todo». Así se explica cómo su independencia queda determinada, en 1825, cuando se desprende de la familia portuguesa y se reincorpora a la española.

El Virreinato español del Río de la Plata se extendía entre los Andes y la cuenca de los grandes ríos que, dividiendo en dos, de Norte a Sur, el Continente, desembocan en ese Plata, el grande estuario; no llegaba al Atlántico, puede decirse; terminaba en la margen derecha de los ríos y el estuario; Buenos Aires, su sede virreinal, estaba sobre esa margen. Pero frente a Buenos Aires estaba Montevideo, núcleo de ese pedazo de territorio que se extiende entre el Plata y el Atlántico, y que, si geográfica u orográficamente, estaba soldado a los inmensos dominios portugueses del océano, sociológicamente era parte, no propiamente de los virreinos andinos, pero sí de la familia española extendida sobre el Pacífico; hermano de Buenos Aires, de Santiago, de Lima; Capital de un territorio lleno de carácter y con destino propio. Esa fué la manzana de discordia entre las coronas de España y Portugal. Portugal quería ese territorio para sí; «su grande Imperio americano» había de tener por límite el Uruguay y el Plata. Pero los habitantes, los que han de llamarse siempre «orientales» y hablar en español, esos no querían tal cosa, sino conservar para la familia, para todos los hermanos de habla española, las dos márgenes del grande estuario del Sur.

He ahí cómo y por qué la región central argentina, con su núcleo en Buenos Aires, hubo de luchar con la Corona española, y cómo y por qué la oriental, la del extremo Atlántico, sin perjuicio de unirse a todos sus hermanos en ese esfuerzo, hubo de ha-

cerlo con la portuguesa, y hacer de esa pugna su rasgo diferencial y formar en ella su persona, «su todo», que dice Emerson. E identificar su permanencia en la familia española con la propia personalidad independiente.

3

Símbolos personales de las leyes sustentadoras de los pueblos son los héroes que éstos construyen de su propia substancia. Son, pues, entidades reales, substanciales. Los construídos así por el Uruguay, ARTIGAS, y el grupo de los «Treinta y Tres» acaudillados por Lavalleja, son eso. El primero, sacado a luz de su medio de tinieblas históricas ya disipadas, es hoy la figura orbital de ese Estado; pero es también el símbolo por excelencia de la fraternidad de los pueblos de América en el esfuerzo democrático por su emancipación de las metrópolis, tanto de la española como de la portuguesa. El grupo homérico de los «Treinta y Tres», tan nítido y tan querido de todos los americanos, representa el esfuerzo particular de los orientales por recoger, «continuando el primer período de la regeneración política de todos», su parte en el acervo común, su propia independencia, que, como hemos visto, se identifica con su permanencia en la familia española con la del Río de la Plata, en primer término, Argentina, Bolivia, Paraguay. Las dos grandes fechas, 1810 y 1825, representan la misma gloria para el Uruguay, si bien es la segunda, el 25 de agosto de 1825, la que en definitiva la consagra.

Entre esas dos cifras, en esos quince años, de 1810 y 1825, entre las «Piedras y Ayacucho», se realiza en la América del Sur el épico drama de la emancipación de la madre española, desarrollado sobre todo en el Norte de la Argentina y en el Pacífico, desde Buenos Aires y Santiago de Chile hasta Colombia. Esa magnífica empresa, toda de todos los americanos, es un asalto, desde los dos extremos, al núcleo central, *primum vivens y ultimum moriens*, como el corazón en el hombre de la fuerte metrópoli española: el Perú, Lima, la ciudad de los reyes; el Callao, su baluarte y fortaleza. Hacia allá convergen todos, desde 1810; los que vienen del Norte y los que van del Sur, al través de las llanuras impasibles y de las montañas torvas. Es una magnífica epopeya, no cabe duda. No la hay, que yo sepa, más digna del recuerdo y del canto perdurables. Los nombres protagonistas de San Martín y de Bolívar lo dicen todo. Y es eso lo que termina en «Ayacucho», el último combate, al finalizar el año 1824.

Pero mientras esa lucha está empeñada en el Norte argentino y en el Pacífico, otra más obscura, pero convergente y no menos heroica, lo está en el Atlántico, en el trozo de territorio entre el Plata y el océano, que es hoy «el patrimonio de los orientales», y que pudo no serlo de los hispano-americanos. Los hombres que parten de Buenos Aires hacia la montaña andina para

expugnar el baluarte del rey español con su sede en Lima, han dejado a su espalda al rey portugués que la tiene en Río de Janeiro, y que ha ido avanzando hacia el Plata, con recursos poderosos, tanto o más poderosos que los de España, y buscando su conjunción con ésta, su aliada natural. Con él ha de partir el botín en las colonias. Esas dos coronas reales son una misma cosa, si bien se mira. La hermana del rey de España es reina consorte de Portugal.

Fácil es comprender lo que significa, para los que luchan en el Norte con España, para toda nuestra empresa emancipadora, el detener en el Sur a ese rey portugués. Y, una vez eso comprendido, una vez alumbradas con lámparas las entrañas de esta historia, el nombre de ARTIGAS, el héroe del Uruguay, entra en su luz.

El fué quien acaudilló y llevó a término, con el pueblo oriental, esa obra complementaria de la de San Martín y de Bolívar, sus hermanos, sus pares; fué él quien, con su pueblo, sostuvo, desde el principio, las luchas con las Coronas de España y Portugal, unido a sus hermanos de allende el Plata unas veces, separado otras de ellos en la acción, pero siempre unido en el espíritu y en el propósito final: conservación de ambas márgenes del estuario para las Naciones de lengua española que se forjaban en aquella fragua, llena de obscuridades caóticas y de núcleos cósmicos. En esa lucha vence a España unido a sus hermanos de allende el Plata, y, con éstos, toma posesión de su ciudad natal, Montevideo, en la que queda, por fin, solo, segregado políticamente de aquéllos, aunque no sociológicamente del conjunto de pueblos libres hermanos, de que aquéllos forman parte a su vez.

Así hubo de quedar cuando los hermanos de allende el Plata se fueron hacia los Andes a unirse a los del Pacífico, y concentrar hacia allá todas sus fuerzas. Para eso y por eso, para concentrar el esfuerzo en el Norte, tramontando la cordillera remota, los pueblos platenses hubieron de abandonar a ARTIGAS, dejando confiada a él, a sus orientales, la misión, casi irrealizable, al parecer, de conservar, para sí mismos, y para la familia de hermanos españoles, la codiciada región entre el Plata y el Atlántico. Con el lleno de esa misión cobra este Estado su definitiva cohesión y su carácter, y su título más claro al amor de América.

ARTIGAS se queda solo, formando la primera «República Oriental», como fué llamado uno de sus buques corsarios, armado para resistir la invasión de Portugal. Este ha caído sobre su tierra, juzgada presa fácil, dada la ausencia de sus hermanos. Los ejércitos del rey portugués se apoderan de Montevideo, efectivamente; penetran en la plaza abandonada, casi en el mismo día en que los que se han ido hacia los Andes, unidos a sus hermanos los chilenos, que los esperan del otro lado, penetran en Santiago de Chile, después de vencer en «Chacabuco». Pero ARTIGAS, unido a aquéllos, en espíritu, a argentinos, chilenos y peruanos,